

VIVIR EL TRIDUO PASCUAL EN CLAVE ORANTE

P. Eduardo Sanz de Miguel, o.c.d.

Presentación

La Semana Santa concentra las principales celebraciones del año litúrgico cristiano. Y el Triduo Pascual (que va desde el Jueves Santo por la tarde hasta el anochecer del Domingo de Pascua) es el corazón de la Semana Santa. En él conmemoramos la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Estas celebraciones son tan importantes que las preparamos durante cuarenta días (la Cuaresma) y las prolongamos durante cincuenta días más (el Tiempo Pascual, que dura hasta Pentecostés). Además, cada domingo es considerado «la Pascua de la semana» y en cada eucaristía seguimos «anunciando su muerte y proclamando su resurrección» hasta que él vuelva.

Como vemos, la Semana Santa tiene una importancia fundamental en la vida litúrgica de la Iglesia y lo mismo podemos decir respecto a la reflexión bíblica y teológica. Pero, ¿por qué esos días son tan singulares?, ¿por qué la Iglesia dedica tanto tiempo a prepararlos?, ¿por qué da tanta importancia a ese periodo del año?

La respuesta es sencilla: Durante los últimos días de la vida mortal de Jesús tuvieron lugar varios acontecimientos extraordinarios que prepararon el desenlace definitivo: la resurrección de Lázaro, la entrada triunfal en Jerusalén, la purificación del templo, la predicación sobre los tiempos finales, la última Cena, la traición de Judas... Después vino la muerte, sepultura y resurrección del Señor. Sobre la memoria de esos sucesos se construyó la fe cristiana.

A finales del siglo IV, san Juan Crisóstomo escribió una larga homilía sobre la Semana Santa, en la que recoge el sentir de la Iglesia primitiva. Entre otras cosas interesantes, allí afirma lo siguiente:

«He aquí porqué la semana presente se llama la Gran Semana. No es porque los días sean más largos que los otros; otras semanas, en efecto, tienen días con más horas de luz. No es porque los días sean más numerosos, pues en todas las semanas el número de días es el mismo. Es porque, en esta semana, Dios ha hecho cosas particularmente gloriosas, es en esta Gran Semana cuando la larga tiranía del demonio ha sido destruida, la muerte ha sido extinguida, [...] el pecado ha sido borrado, el paraíso se ha abierto, [...] el Dios de paz ha extendido la paz en el cielo y en la tierra. Por eso la llamamos la Semana Mayor o la Gran Semana».

De hecho, ningún otro acontecimiento de la historia ha dejado tantas huellas en la literatura, en la música y en el arte. Los primeros cristianos comprendieron muy pronto su profundo significado, por lo que fue lo primero que pusieron por escrito en los evangelios. Su narración tiene tanta importancia que algunos autores afirman que los evangelios son relatos del

misterio pascual de Cristo, precedidos por una gran introducción, que ayuda a interpretarlos correctamente.

Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia centró su mirada en esos días que llamamos «santos». Vamos a reflexionar ahora sobre cómo vivirlos en clave orante, centrándonos en el «Triduo Pascual», que comienza el jueves por la tarde y termina el domingo al anochecer.

Jueves Santo

Antes de padecer, Jesús confesó a sus discípulos: «¡Ardientemente he deseado cenar esta Pascua con vosotros!» (Lc 22,15). Finalmente ha llegado el momento definitivo, la «hora» de la verdad, el banquete anunciado por los profetas y prefigurado en las comidas de Jesús con los pecadores.

El maestro sorprende a todos con sus palabras y con sus acciones: lava los pies a los apóstoles, les reparte el pan y el vino con unas palabras misteriosas y les da el mandamiento nuevo, que tiene que convertirse en el signo de identidad de sus seguidores.

El lavatorio de los pies

Para entender el gesto no hemos de pensar en nuestras calles asfaltadas y con alcantarillado. En la época de Jesús, en las estrechas calles de tierra se tiraban los restos orgánicos y las comidas de los animales. Además, pocas personas usaban calzado, y las que lo llevaban se limitaban a unas simples sandalias. Lavarse los pies al entrar en casa era un ritual obligado y necesario. En las familias pudientes lo hacían los esclavos. En las familias pobres, la madre, la esposa o las hijas. Para los judíos, era algo tan humillante que un rabino podía pedir cualquier servicio a sus discípulos, excepto que le lavaran los pies.

Al entrar en una casa prestada para la cena, ningún miembro del grupo se sintió llamado a hacer este servicio. Jesús se quitó el manto y lavó los pies de los discípulos. Voluntariamente ocupó el lugar de los esclavos y de las mujeres, se puso en el lugar más bajo, indicando dos cosas: que él viene a servir y que no admite que unas personas sean consideradas inferiores a otras.

En otra ocasión, el Señor había dicho: «Cuando el siervo llega a casa después de haber trabajado todo el día en el campo, sirve primero a su amo y después se sienta él a la mesa» (Lc 17,7-8). Sin embargo, Jesús es el Señor que atiende a los criados y les lava los pies; que no vino «a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por muchos» (Mt 20,28; Mc 10,45).

Aquí se manifiesta su verdadera identidad. Y en su imitación, la verdad de sus discípulos. Por eso les pide que sigan su ejemplo. De alguna manera, el lavatorio de los pies es un anticipo de la Pascua, una clave de comprensión de toda la vida de Cristo y un estímulo para los creyentes.

El lavatorio es un anticipo de la Pascua. Al lavar los pies de los discípulos,

Jesús proclamó el primado del amor, que se hace servicio hasta la entrega de sí mismo, anticipando así el sacrificio supremo de su vida, que se consumará al día siguiente en el Calvario. El lavatorio es un acto profético simbólico que cumple lo que anuncia.

El lavatorio es la clave de comprensión de toda la vida de Jesús. La *carta a los Filipenses* interpreta la vida de Jesús como un abajamiento voluntario, despojándose de su dignidad y tomando la condición de esclavo para elevar a los hombres (cf. Flp 2,6-11). En el gesto del lavatorio se revela ese misterio: Jesús se despoja del manto y lava los pies de los discípulos. Notemos que en ambos casos se usa el mismo verbo: Jesús «se despojó». Es la imagen de su vida: se despojó de las vestiduras de su gloria, se ciñó el «vestido» de la humanidad y se hizo esclavo de todos. Este gesto revela su amor hasta el extremo: se arrodilla ante nosotros y lava nuestros pies sucios, nuestros pecados.

El lavatorio supone un estímulo para sus discípulos. Jesús, con este gesto, «nos dejó un ejemplo para que sigamos sus huellas» (1Pe 2,21). En todas sus intervenciones a favor nuestro, Jesús nos da el perdón y nos capacita para perdonar, nos ama y nos capacita para amar. También en el lavatorio de los pies. Por eso, al concluirlo, Jesús dice: «Si yo, el Señor y el maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,14-15).

La institución de la eucaristía

El relato más antiguo que conservamos de lo que sucedió en la última Cena dice así: «Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, dando gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed todos, porque esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en conmemoración mía”. Y lo mismo hizo con el cáliz» (1Cor 11,23ss).

Notemos el juego de palabras: En la noche «en que iba a ser entregado», Jesús «se entregó». Él era plenamente consciente del significado de lo que estaba haciendo y de lo que iba a suceder después. Por eso pidió a sus discípulos que celebren perpetuamente el «memorial» de su entrega.

El rito eucarístico de la cena ha conservado acciones y palabras de Jesús que, después de su muerte y resurrección, aparecen llenas de significado y revelan la actitud de Jesús: él mismo ofrece su vida. No se somete pasivamente a la muerte, sino que se entrega en conformidad con el plan amoroso de Dios, del que su muerte forma parte, dejando a Dios la última palabra. Los hombres pensaban que le arrebataban la vida; sin embargo, él se adelanta y dice: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros [...]; esta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros» (Lc 22,19-20).

Cristo pide a sus apóstoles que sigan celebrando la cena como memorial suyo. No se trata de un simple recuerdo, sino de una verdadera y real actualización y

comuni3n en el ofrecimiento que el Se1or hace de s3 mismo.

Los disc3pulos presentes (que constituyen la Iglesia) reciben un ministerio que es participaci3n y ha de ser reflejo de la misi3n de Cristo en la tierra: anuncio del reino, comuni3n de vida con el Padre y entre ellos, servicio generoso a todos los hombres.

El mandamiento del amor fraterno

Jes3s no pide a sus disc3pulos que sean buenas personas, que se amen con una medida humana. 3l quiere mucho m3s, por eso dice: «Amaos los unos a los otros *como yo os he amado*» (Jn 13,34). El «mandamiento de Jes3s» es la traducci3n de un precepto que encontramos tambi3n en los otros evangelios: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), «Sed compasivos como el Padre es compasivo» (Lc 6,36). Por eso san Pablo pide: «Tened los mismos sentimientos de Jes3s» (Flp 2,5), que son los sentimientos de Dios. A eso estamos llamados, esa es nuestra vocaci3n.

El punto de partida no es el mandamiento («Amaos los unos a los otros») sino el don («como yo os he amado»). Porque 3l nos ha amado primero, nos ha ense1ado qu3 es el amor y nos ha capacitado para amar, como ya hemos visto al hablar del lavatorio de los pies.

Es significativo que, despu3s del lavatorio, Jes3s orden3 a sus disc3pulos que siguieran haci3ndolo, imitando su ejemplo, «en memoria suya», tal como hizo tambi3n al compartir con ellos el pan y el vino.

Los primeros cristianos dieron mucha importancia al «sacramento del lavatorio de los pies», pero para algunos ha quedado reducido a un adorno de la celebraci3n eucar3stica del Jueves Santo. Menos mal que numerosas religiosas siguen cuidando de los ni1os, pobres, enfermos y ancianos del mundo entero, cumpliendo en ellos la petici3n de Jes3s, que «no vino para ser servido, sino para servir». Separar el sacramento de la eucarist3a del sacramento del servicio y del amor fraterno es una contradicci3n, una traici3n a la ense1anza de Jes3s. Por eso la Iglesia celebra el Jueves Santo «el d3a del amor fraterno» y en la misa de ese d3a se hacen colectas para C3ritas.

El sacerdocio ministerial

Jes3s adelanta sacramentalmente en la 3ltima Cena la entrega de s3 mismo en la cruz. Al pedir que se repita su gesto en memoria suya, Jes3s constituye la ministerialidad en la Iglesia.

Pero nunca deber3amos olvidar que hay un paralelismo entre la orden sobre el pan y el vino y la orden relativa al lavatorio de los pies. En ambos casos, Jes3s pide a sus disc3pulos que lo hagan en memoria suya, recordando y actualizando lo que 3l hizo. Ambos gestos manifiestan su amor «hasta el extremo», que deber3a ser tambi3n el distintivo de los ministros de la Iglesia. La dimensi3n sacramental y la diaconal (de servicio) son dos aspectos

inseparables de la ministerialidad cristiana.

Viernes Santo

La historia de Jesús parece terminar en el Gólgota, en ese siniestro «lugar de la calavera». Jesús es despojado de lo último que le queda, de sus ropas, del resto de su dignidad, y sufre la suerte de los rebeldes y de los asesinos, se encuentra entre ellos (cf. Is 53,9). Todo el mal y el pecado del mundo caen sobre él desfigurándolo y destrozándolo por completo (cf. Is 53,5).

El «buen ladrón»

Cuando Jesús está en la cruz tiene que sufrir las burlas de la gente del pueblo, que dice: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz» (Mt 27,40s; Mc 15,29s). Los miembros del sanedrín insisten en el mismo argumento: «¿No es el rey de Israel?; que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora» (Mt 27,42s; Mc 15,31s; Lc 23,35). También los soldados romanos se burlan de él (cf. Lc 23,36). Incluso quienes fueron crucificados a su lado repiten palabras parecidas: «¿No eres tú el mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23,39; Mc 15,32).

Mateo y Marcos denominan a los que fueron crucificados con Jesús «*lestes*» (palabra griega que en español traducimos por 'bandidos', Mt 27,38; Mc 15,27). Es el mismo término que Juan usa para hablar de Barrabás (Jn 18,40). Por lo tanto, la condena de los que tradicionalmente llamamos «ladrones» no es por haber robado, sino por haberse levantado contra el poder romano, como en el caso de Barrabás. En ese caso se comprende que Jesús fuera crucificado con ellos, ya que también fue acusado de falso rey y de sedicioso contra el poder romano.

Uno de los condenados intuye que la condena de Jesús es injusta, ya que él no era violento ni tenía que ver con los grupos a los que ellos pertenecían. Por eso le suplica: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,42). A lo que Jesús responde: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

Si ese bandido era un judío piadoso, quizás hablaba del reino escatológico, que el mesías de Dios establecería al final de los tiempos. El caso es que Jesús le responde anunciándole que participará de su reino «hoy», el mismo día de su muerte.

Los evangelios no nos transmiten otras palabras que pudieran cruzarse los dos crucificados, pero estas siguen resonando en el corazón de los creyentes, que confían en la misericordia de Jesús, aunque se sientan pecadores e indignos de su gracia. Así, en la historia del cristianismo, Dimas (el nombre que la tradición ha dado al «buen ladrón») se ha convertido en modelo de una esperanza más fuerte que todos los razonamientos y fracasos.

Santa Teresa de Lisieux experimentó que el hombre no se salva por sus

buenas obras, sino por el amor de Cristo y encontró en Dimas un ejemplo paradigmático. Ella, que oró con tanta intensidad por algunos grandes pecadores de su época, encontró en la escena del «buen ladrón» un motivo para seguir esperando. Incluso escribe una recreación piadosa en la que Dimas es la excusa para exponer sus ideas. En ella afirma:

«Esos que amas ofenderán al Dios que les ha colmado de beneficios; sin embargo, ten confianza en la misericordia infinita de Dios; ella es lo suficientemente grande para borrar los más grandes crímenes [...]. Jesús morirá para dar la vida a Dimas y este entrará el mismo día que el Hijo de Dios en su reino celestial».

Una preciosa oración de la Liturgia de las horas recoge estos sentimientos y dice así: «Señor Jesucristo, que, colgado en la cruz, diste al ladrón arrepentido el reino eterno, míranos a nosotros, que, como él, confesamos nuestras culpas, y concédenos poder entrar también, como él, después de la muerte, en el paraíso. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos».

Murió por nuestros pecados, según las Escrituras

Parece natural que Jesús muera, porque la muerte forma parte de la existencia del hombre. Todo cambia cuando comprendemos que el que muere en el Calvario es el Hijo de Dios, entre las burlas de sus enemigos, que le increpaban: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt 27,40). Como no bajó, pensaron que moría abandonado de Dios, por lo que sus pretensiones mesiánicas quedaban truncadas.

Esto exigió un enorme esfuerzo de interpretación del acontecimiento y de su significado, por parte de la primera generación cristiana. Según el Antiguo Testamento, el mesías debía triunfar. Aparentemente, la cruz es ruptura con las Escrituras. Para comprender el plan salvador de Dios, se tuvo que releer la Biblia con ojos nuevos.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, que empezando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que decían las Escrituras sobre la pasión del mesías (cf. Lc 24,26-27), los discípulos se sirvieron de algunos pasajes bíblicos para interpretarla. Especialmente del sacrificio de Isaac, la muerte violenta de los profetas, los cánticos del Siervo de Yahvé en el libro de *Isaías*, los sufrimientos del justo en el libro de la *Sabiduría* y algunos salmos (como el 22 [21], el 69 [68], y el 109 [108]).

San Pablo, dentro de este proceso de reflexión, afirmó que «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1Cor 15,3). En el Credo se recogieron estas dos afirmaciones sobre la muerte de Cristo: que lo hizo según las Escrituras (es decir, cumpliendo un proyecto eterno de Dios) y que fue por nuestros pecados (a causa de nuestros pecados y para perdonarlos).

Yo estaba allí

Muchos conocen el espiritual negro que canta: «*Were you there when they crucified my Lord? Oh, sometimes it causes me to tremble*». (Que significa: '¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor? A veces ese pensamiento me hace temblar').

Estamos tan acostumbrados a analizar los textos bíblicos hablando de los géneros literarios y del contexto socio-cultural, de la historia de las formas y de las redacciones... que podemos olvidar que fueron escritos con intención de interpelar a los lectores. Pero nosotros somos creyentes, no historiadores que hablan con la mayor neutralidad posible sobre lo que dicen las fuentes acerca de un acontecimiento lejano en el tiempo.

Por eso quisiera recordar que esos textos se dirigen a cada uno de nosotros, son Palabra de Dios para mí, aquí y ahora. Así que volvamos a la pregunta del canto: «¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor?» Y no respondamos demasiado rápidamente que la pregunta es anacrónica. Por el contrario, estamos ante una pregunta actual, que pide una respuesta teológica (¿Qué significa que yo estaba o no estaba junto a la cruz de Jesús?) y vivencial (¿Yo estaba allí presente, sí o no?).

San Pablo afirma que este es «el gran misterio de nuestra religión» (1Tim 3,16): que Jesús murió por nosotros, «por nuestros pecados» (Rom 4,25; 1Cor 15,3). Lo dice más claro san Pedro: «¡Vosotros crucificasteis a Jesús!» (Hch 2,23). Y añade que «estas palabras les traspasaron el corazón» (Hch 2,37). Eso querría yo, que la Palabra de Dios hoy traspasara mi corazón y el de mis lectores, y que tocara lo más íntimo de nuestras entrañas.

Me resulta demasiado fácil decir como Poncio Pilato: «¡Yo soy inocente de la sangre de este hombre!» (Mt 27,24). Pero debo tomar conciencia de que cuando digo que «Jesús murió por nuestros pecados» estoy diciendo que «¡mis pecados mataron a Jesús!», «¡yo lo maté!». No lo hicieron los judíos ni los romanos, sino yo, mis pecados.

Lo deja muy claro la carta a los *Hebreos*, cuando afirma que los que vuelven a pecar después del bautismo (o sea, yo) «vuelven a crucificar al Hijo de Dios y lo exponen al escarnio» (Heb 6,6). Es una acusación dura e incómoda. Por eso es más cómodo hablar del pasado, de los otros, sin implicarme demasiado.

Pero en realidad todos estábamos allí. Estábamos con Pilato (¿éramos Pilato?) desinteresándonos del sufrimiento del Justo. Estábamos con la chusma (¿éramos la chusma?) que se reía del fracaso ajeno y despreciaba al débil. Estábamos con el mal ladrón (¿éramos el mal ladrón?) que se quejaba de su mala suerte y era incapaz de comprender el sufrimiento del vecino. Estábamos con el soldado que le ofreció vinagre para su sed (¿éramos el soldado del vinagre?), que despreció al débil y quiso reírse de él. Allí estábamos todos, si es verdad que Cristo, «cargado con nuestros pecados, subió al leño» (1Pe 2,24).

Todo lo dicho es verdad, pero no es toda la verdad. Santa Teresa de Jesús dice

que siempre tenemos que trabajar para conocernos mejor a nosotros mismos, para dar luz a los rincones más oscuros de nuestra persona, aunque este proceso a veces sea doloroso. Pero también enseña que ese esfuerzo puede crear frustraciones y escrúpulos si no va acompañado por el verdadero conocimiento de Cristo. Mirando en nuestro interior, encontramos el pecado; mirando a los ojos de Cristo, descubrimos la misericordia.

Hemos recordado que «Jesús murió por nuestros pecados» (Rom 4,25). No debemos olvidar que, a continuación, san Pablo añade que «fue resucitado para nuestra justificación»; es decir: para darnos el perdón. Por eso dice en otro lugar que «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo» (Ef 2,4s).

Si esto es así (como lo es) tenemos que pensar en otra manera de presencia junto a la cruz del Señor. Recordemos que, en su vida mortal, él no solo pidió por sus discípulos, sino también «por aquellos que por su testimonio, creerán en mí» (Jn 17,20). Jesús pensó en nosotros (en cada uno de nosotros) antes de morir y pensó en nosotros en el momento de la muerte. Él dice hoy a cada uno de nosotros: «Eres precioso para mí y yo te amo. Aunque no hubiera nadie más que tú sobre la tierra, igualmente me habría encarnado e igualmente habría entregado mi vida por ti».

La canción inicial preguntaba: «¿Estabas tú allí cuando crucificaron al Señor?». Y añadía: «A veces ese pensamiento me hace temblar». Reflexionando en lo que hemos visto, verdaderamente deberíamos temblar. Pero no por la vergüenza, sino por el agradecimiento; no por el miedo, sino por la admiración que nos despierta tanta gracia. Esto sí que debería «traspasar nuestros corazones» y convertirlos definitivamente.

Sábado Santo

En el Credo confesamos: «Creo en Jesucristo, [... que] padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, y descendió a los infiernos».

El descenso a los infiernos

Posiblemente este sea el enunciado del credo menos entendido por la mayoría de los cristianos contemporáneos. La Iglesia primitiva tenía muy claro lo que quería decir con estas palabras, pero hoy ha cambiado mucho el significado de algunas expresiones antiguas y la manera de hablar de la gente. Por eso no nos basta con mantener los enunciados antiguos; tenemos que traducirlos en palabras comprensibles para poder entenderlos. Vamos a intentarlo.

Los judíos consideraban que los muertos descendían a un lugar donde pervivían, rehenes de Satanás, en espera del juicio. A este lugar llamaban «*Sheol*» (en hebreo), «*Hades*» (en griego), «*Infernus*» (en latín). Por eso, cuando los primeros cristianos dicen que Jesús «descendió a los infiernos», lo primero que quieren decir es que murió de verdad y fue sepultado,

compartiendo el destino de los seres humanos.

Afirmar la muerte de Jesús era una defensa de la autenticidad de la encarnación y de la redención, ya que para los herejes «docetas» y «gnósticos», ambas eran solo aparentes. La Iglesia cree que Jesús verdaderamente se hundió en el mundo de los muertos, del desamparo, «descendió a los infiernos», vivió de una manera real la experiencia de la muerte, porque su encarnación fue verdadera: asumió nuestra naturaleza humana con todas las consecuencias.

El descenso a los infiernos tiene un segundo sentido. San Pablo afirma que Cristo «bajó a las regiones inferiores de la tierra» (Ef 4,9), para indicar su descenso a nuestra profunda situación de pecado y muerte. Cristo ha entrado en nuestra historia marcada por el odio, las divisiones y la violencia, ha entrado en nuestros infiernos y los ha asumido en su carne, para poder redimirlos.

Lo que acabamos de decir nos permite comprender el tercer sentido de esta afirmación: los Padres de la Iglesia dicen que Cristo descendió al lugar de los muertos para anunciar la salvación también a todos los que habían muerto antes de su venida a la tierra, a los que estaban encadenados al sufrimiento y a la miseria, para abrirles las puertas de la salvación. Así lo explica una homilía del siglo II que se lee hasta el presente en el oficio de lecturas del Sábado Santo:

«El Dios hecho hombre ha despertado a los que dormían desde hace siglos, ha puesto en movimiento a la región de los muertos. En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte; va a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él. El Señor hace su entrada donde están ellos y ordena a todos los que estaban en cadenas: "Salid", a los que estaban en tinieblas: "Sed iluminados", y a los que estaban adormilados: "Levantaos"».

Orando con María

Después de la sepultura de Jesús, los que le habían seguido huyeron, se dispersaron ante su aparente fracaso. Su esperanza yacía en un sepulcro y la nuestra se mantiene en una mujer: María. Ella es la única referencia de la Iglesia en el momento en que su Camino está roto, su Verdad despreciada y su Vida sepultada. En estos momentos de oscuridad y de «silencio de Dios», el «resto de Israel», el grupito de creyentes que en cada generación pone su confianza en Dios, se concentra en la madre de Jesús. Como sucedió otras veces, «ella conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19.51). No comprende lo que ha sucedido, pero persevera en la oración silenciosa, poniendo los acontecimientos y su vida en las manos de Dios.

Después de Jesús, ella es la que más conoce al Padre, la que más de cerca ha visto su rostro. Por eso a ella nos dirigimos, en ella buscamos la compañía

para esperar. Ella no ve, ni sabe, ni entiende, pero ella, como antes Abrahán, cree y espera «contra toda esperanza». Permanece en oración, renovando su entrega a Dios, aceptando su voluntad, aunque no la comprenda. Con razón es invocada por los creyentes como «madre de la esperanza».

Aquí podemos entender por qué la Iglesia hace memoria de María todos los sábados del año: porque ella es el referente orante, el punto de apoyo de los creyentes que no tienen las cosas claras, pero siguen confiando en el Señor, poniendo en él su esperanza. Jesús la ha hecho, desde la cruz, madre de sus discípulos amados (cf. Jn 19,25-27) y ella empieza inmediatamente a acompañarles en su camino de fe, precisamente cuando todo invita a la incredulidad. Su fidelidad es el primer tesoro que ha de guardar la Iglesia.

Domingo de resurrección

Con la muerte de Cristo, pareció que sus propuestas y pretensiones habían fracasado. Sus enemigos quedaron momentáneamente convencidos de que se habían deshecho de él para siempre. Para ellos, Jesús fue solo un rebelde iluso. Es verdad que hizo algunos signos poderosos que no terminaban de entender, que confundió al pueblo con sus propuestas, que actuó con una libertad inaudita ante la Ley y las autoridades, que proclamó dichosos a los pobres y a los pecadores..., pero acabó abandonado de sus seguidores y – aparentemente – también de Dios. Esto les confirmaba en su opinión de que la vida, la predicación y las promesas de Jesús no tenían sentido.

En un primer momento, sus discípulos pensaron lo mismo, por lo que se escondieron para no acabar como él. Sin embargo, los mismos que huyeron atemorizados, salen de pronto a la luz para gritar su fe. Sufren con valor azotes, encarcelamientos, e incluso la muerte, por confesar a Jesús. Ellos anuncian lo que han experimentado: su encuentro con el crucificado que – paradójicamente – se les ha mostrado vivo. No es un sueño ni un fantasma; es el mismo Jesucristo: el mismo de antes, pero más que antes. Una presencia que se impone llena de poderío. Ellos son los testigos.

Los discípulos no cuentan cómo sucedió, porque ellos no estaban allí. Pero afirman con convicción que, en medio del silencio de la noche, contra toda esperanza, Jesús resucitó, y ahora se ha hecho presente, vivo y actuante en sus vidas. No son ellos los que le han buscado o han provocado el encuentro. Él siempre lleva la iniciativa y se ha manifestado a las mujeres, a algunos discípulos por separado, a otros cuando estaban juntos, haciéndoles comprender que se ha realizado lo que parecía imposible: Jesús ha vencido a la muerte y ahora vive para siempre. El Padre le ha dado la razón y ha transformado su humillación en exaltación.

La glorificación de Jesús

El Credo confiesa que Jesús, después de su resurrección, «subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Si en nuestros días la imagen del «descenso a los

infiernos» resulta extraña, lo mismo sucede con la de la «ascensión al cielo».

Pero hemos de recordar que en el Antiguo Testamento, «ascensión», «elevación» y «glorificación» son tres palabras sinónimas para indicar la entronización de un rey, la toma de posesión de su reino. Eso es lo que queremos decir cuando afirmamos que Jesús «subió a los cielos»: el triunfo definitivo del Señor resucitado sobre el pecado y sobre la muerte, el cumplimiento de su misión salvadora, la manifestación de su gloria, su entronización.

Lo mismo podemos decir respecto al sentarse «a la derecha del Padre». Como a la derecha del rey se sentaba el príncipe heredero, esto significa que Jesús comparte el poder y la gloria de Dios.

Con su ascensión, Cristo desaparece materialmente de nuestra vista, pero tenemos que recordar que su ausencia es solo aparente, porque permanece entre nosotros de una manera nueva, por medio del don del Espíritu Santo y de los sacramentos.

En tu resurrección, oh Cristo, hemos resucitado todos

Todo lo que Jesús hizo y dijo revela su verdadero sentido porque se manifiesta verdadero. Confió en el Padre hasta la muerte y el Padre le libró de la muerte, haciendo mucho más que devolverle la vida perdida: le convirtió en «primogénito», en el primer nacido del nuevo mundo que Jesús había anunciado, juez de vivos y muertos, última referencia de todo lo que existe. Y podemos tener la confianza de que todo lo sucedido en él está destinado a suceder en nosotros, porque él mismo nos ha asegurado que quienes creen en él no morirán para siempre y participarán de su vida gloriosa.

Los que ahora lo encuentran, comprenden los signos que realizó con una luz nueva, comprenden sus palabras, comprenden su muerte. Todo adquiere un significado más profundo: «Ya no pesa condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús. La ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8,1-2).

En Jesús descubrimos que la muerte física no es el final de nuestra existencia porque Dios nos ha creado por amor y para el amor, para ser miembros de su familia, para compartir su vida. Un amor que es desde siempre, tiene que ser también para siempre. En la resurrección de Cristo se confirma su anuncio. Al mismo tiempo, descubrimos que el dolor, el sufrimiento, las muertes de cada día, no frustran la realización de nuestra existencia. Las cosas, los afectos, los triunfos son secundarios para el cristiano.

Gracias a la resurrección de Cristo sabemos que el amor gratuito de Dios (que es lo que da sentido a nuestra vida) no puede fallar y no tenemos miedo, porque estamos seguros de que «ni la muerte, ni la vida, [...] ni otra criatura alguna, nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús» (Rom 8,31-39).

Desde el principio, la Iglesia lo ha contado cantándolo. Uno de los más antiguos himnos litúrgicos de la Iglesia romana es el «pregón pascual», que se proclama al inicio de la vigilia pascual desde el siglo IV. Comienza así: «Exulten los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo, y por la victoria de rey tan poderoso que las trompetas anuncien la salvación. Goce también la tierra, inundada de tanta claridad, y que, radiante con el fulgor del Rey eterno, se sienta libre de la tiniebla...»

Algo más tardío, pero también de venerable antigüedad es la «secuencia» (que se canta antes de la proclamación del evangelio de la misa del día de Pascua), que nos invita a realizar un viaje espiritual a Galilea para encontrarnos con Cristo resucitado:

«Ofrezcan los cristianos / ofrendas de alabanza
a gloria de la víctima / propicia de la Pascua.
[...] ¿Qué has visto de camino, / María, en la mañana?
A mi Señor glorioso, / la tumba abandonada,
los ángeles testigos, / sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras / mi amor y mi esperanza!
Venid a Galilea, / allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos / la gloria de la Pascua».

(Artículo publicado en la Revista ORAR, 269)